

## Textos de la Eucaristía del Domingo

### Primera Lectura: Hch 12, 1-11

Por entonces, el rey Herodes inició una persecución contra algunos miembros de la Iglesia. Mandó ejecutar a Santiago, hermano de Juan, y, viendo que este proceder agradaba a los judíos, se propuso apresar también a Pedro. En aquellos días se celebraba la fiesta de pascua. Así que lo prendió, lo metió en la cárcel y encomendó su custodia a cuatro escuadras de soldados, con intención de hacerlo comparecer ante el pueblo después de la pascua. Mientras Pedro estaba en la cárcel, la iglesia oraba por él a Dios sin cesar. La noche anterior al día en que Herodes pensaba hacerlo comparecer, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, mientras los guardias vigilaban la puerta de la cárcel. En esto, el ángel del Señor se presentó y un resplandor inundó la estancia. El ángel tocó a Pedro en el costado y lo despertó diciendo:

-¡Deprisa, levántate!

Y las cadenas se le cayeron de las manos. El ángel le dijo:

-Abróchate el cinturón y ponte las sandalias.

Pedro lo hizo así, y el ángel le dijo:

-Echate el manto y sígueme.

Pedro salió tras él, sin darse cuenta de que era verdad lo que el ángel hacía, pues pensaba que se trataba de una visión. Después de pasar la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que da a la calle, y se les abrió sola. Salieron y llegaron al final de la calle; de pronto, el ángel desapareció de su lado. Y Pedro, volviendo en sí, dijo:

-Ahora me doy cuenta que el Señor ha enviado a su ángel, para librarme de Herodes y de las maquinaciones que los judíos habían tramado contra mí.

### Salmo Responsorial: Sal 33, 2-9

#### R. El Señor me libró de todas mis ansias.

Bendigo al Señor continuamente,  
su alabanza está siempre en mi boca.  
Mi alma se gloria en el Señor,  
que los humildes lo oigan y se alegren. **R.**

Engrandeced conmigo al Señor,  
ensalcemos juntos su nombre.  
Busqué al Señor, y él me respondió;  
me libró de todos mis temores. **R.**

Mirad hacia él: quedaréis radiantes,  
y la vergüenza no cubrirá vuestros rostros.  
Cuando el humilde clama al Señor,  
él lo escuchay lo salva de todas sus  
angustias. **R.**

El ángel del Señor viene a acampar  
en torno a sus fieles y los protege.  
Gustad y ved qué bueno es el Señor,  
dichoso el hombre que se acoge a él. **R.**

### Segunda Lectura: 2 Tim 4, 6-8.17-18

Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe. Sólo me queda recibir la corona de salvación, que aquel día me dará el Señor, juez justo, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida gloriosa.

El Señor me asistió y me confortó, para que el mensaje fuera plenamente anunciado por mí y lo escucharan todos los paganos. Fui librado de la boca del león. El Señor me librará de todo mal y me dará la salvación en su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

### Evangelio: Mt 16, 13-19

De camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

-¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Ellos le contestaron:

-Unos que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o uno de los profetas.

Jesús les preguntó:

-Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro respondió:

-Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le dijo:

-Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.



## **1. Palabra**

Esta fiesta suele ser aprovechada por la mentalidad «catolicista» para subrayar el primado de Pedro y la centralidad de Roma en la Iglesia. La tradición, sin embargo, ha visto cómo la catolicidad de la Iglesia se realiza, equilibradamente, con las dos figuras de Pedro y Pablo.

Ambos murieron mártires en Roma y simbolizan la unidad católica de la Iglesia de Cristo. Por desgracia, Pedro ha representado (no siempre fue así) la dimensión institucional de la Iglesia, la autoridad, y Pablo, la dimensión misionera y profética (a veces contra el papado, por ejemplo, en el protestantismo).

El tema nuclear de nuestra celebración es la catolicidad, como nota de la Iglesia una y apostólica.

La Palabra nos presenta, alternativamente, las figuras de Pedro y Pablo. El Evangelio nos hace la pregunta que define al discípulo: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» La respuesta no viene de nosotros, sino del Padre. Nadie lo supo mejor que Pedro, que negó al Maestro y, a partir de la Resurrección, fue confirmado en la fe para que también él confirmase (Roma, roca de la unidad y del testimonio) a sus hermanos en la fe (cf. Lc 22,31-32), ni mejor que Pablo, que persiguió a la Iglesia y fue transformado en apóstol de la fe que libera de la ley.

## **2. Vida**

Revisar nuestra conciencia de católicos. Ni fanáticos, que reducen la fe a su adhesión a la autoridad del Papa; ni vergonzantes, que apenas se atreven a decir lo que son y hacen de Roma la causa de todos los males en la Iglesia.

Una fe madura ha de poder integrar la identidad social, la pertenencia a la institución, en este caso, la Iglesia católica, sin atrincherarse frente a un contexto social hostil (anticlerical y anti-romano). Pero una verdadera integración implica libertad interior y capacidad de discernimiento: que me siento cómodo siendo católico, pero no necesito sacralizar al Papa como intocable, ni dejo de ver cuánta conversión necesitamos para ser verdad católica, es decir, hombres de corazón universal.

Ser católico no es pertenecer a un partido; es un don de la fe y una tarea nunca terminada

38Además, yo confieso todos mis pecados al Señor Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, a la bienaventurada María, perpetua virgen, y a todos los santos del cielo y de la tierra, a fray H., ministro de nuestra religión, como a venerable señor mío, y a los sacerdotes de nuestra Orden y a todos los otros hermanos míos benditos. 39En muchas cosas he pecado por mi grave culpa, especialmente porque no he guardado la Regla que prometí al Señor, ni he rezado el oficio como manda la Regla, o por negligencia, o con ocasión de mi enfermedad, o porque soy ignorante e iletrado. 40Por tanto, a causa de todas estas cosas, ruego como puedo a fray H., mi señor ministro general, que haga que la Regla sea observada inviolablemente por todos; 41y que los clérigos recen el oficio con devoción en la presencia de Dios, no atendiendo a la melodía de la voz, sino a la consonancia de la mente, de forma que la voz concuerde con la mente, y la mente concuerde con Dios, 42 para que puedan aplacar a Dios por la pureza del corazón y no recrear los oídos del pueblo con la sensualidad de la voz. 43Pues yo prometo guardar firmemente estas cosas, así como Dios me dé la gracia para ello; y transmitiré estas cosas a los hermanos que están conmigo para que sean observadas en el oficio y en las demás constituciones regulares.

44Y a cualesquiera de los hermanos que no quieran observar estas cosas, no los tengo por católicos ni por hermanos míos; tampoco quiero verlos ni hablarles, hasta que hagan penitencia. 45Esto lo digo también de todos los otros que andan vagando, pospuesta la disciplina de la Regla; 46porque nuestro Señor Jesucristo dio su vida para no perder la obediencia de su santísimo Padre (cf. Fil 2,8).